

»agua, llamó al esposo el maestra-sala y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entonces dá el que no es tan bueno: tú al contrario has guardado el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro que obró Jesucristo en Caná de Galilea, manifestando su gloria, y sus discípulos creyeron en él¹.»

Aun no habia llegado el tiempo en que habia determinado Jesucristo inaugurar la série de milagros con los que habia de dar á conocer su Divinidad á las criaturas, como lo manifiesta el mismo Señor por estas palabras que dirige á su Madre: «Aun no es llegada mi hora» y sin embargo adelantada esta inauguracion efectuando el primer prodigio, á una sola indicacion de la purísima Señora. Cuando los enemigos del culto de la Santísima Virgen María, se burlen de la devocion que la consagramos, ó nos llamen crédulos preocupados al ver que fundamos en ella nuestra esperanza de salvacion, nos bastará recordarles este pasaje del Evangelio y llamarles la atencion hácia su maternidad para con nosotros, que aceptó en el monte de la Redencion, y muy ciegos serán sino llegan á convencerse de que es fundada nuestra confianza. Si con tal presteza concedió el objeto de su peticion á su Madre el divino Salvador en las bodas de Caná ¿cómo le negará sus peticiones, ahora que reina con él en el cielo? Y si aceptó la obedientísima Señora la maternidad de los humanos ¿cómo ha de cerrar sus oidos á las peticiones y súplicas de los que somos sus hijos? Tan grande es el poder que se le ha concedido, como extraordinaria su caridad á favor nuestro. El catolicismo, no confunde ni puede confundir á María con Dios, á la criatura con el Criador. Sabemos que la Omnipotencia como todos los demas atri-

¹ Joan. cap. II.

butos son propios y peculiares de la Divinidad, y por lo tanto no incurrimos en el error de llamar á María Omnipotente: pero si no tiene la Omnipotencia que manda, tiene la Omnipotencia que suplica, ha dicho con oportunidad uno de los mas elocuentes escritores de nuestros dias, y se funda en que Jesucristo nunca niega á su Madre el objeto de sus peticiones.

No quisiéramos tener que interrumpir á cada paso el hilo de la Historia de la Santísima Virgen María: ¿pero qué escritor no se detiene en comentar y hacer reflexiones sobre los pasajes que consigna? ¿Y cómo podríamos nosotros dejar de hacerlo, cuando no hay hecho ni circunstancia en la Vida de Nuestra Señora, de la que no se desprenda un rico venero de la mas sublime enseñanza? Entusiasmados por sus glorias y ganosos de que todos conozcan, cuán grande es su poder y eficaz su devocion por la que tantas criaturas han logrado las bendiciones del cielo y por ellas la salvacion, no podemos dispensarnos de hacer las reflexiones que naturalmente se desprenden de los hechos que narramos, y que creemos de grande utilidad. Deciamos pues, á vista del resultado que tuvo la insinuacion de María á Jesus en las bodas de Caná, que nuestra confianza en la Señora la justifica el convencimiento que tenemos del poder de intercesion que le ha sido concedido, y el amor extraordinario que nos profesa. Dijimos tratando del Misterio de la Concepcion Inmaculada que la Santísima Virgen, predestinada en la mente del Eterno desde antes que existiesen los siglos, habia sido simbolizada de mil maneras en las páginas del Testamento Antiguo. Pues bien, Esther, presentándose ante el trono de Assuero á suplicar gracia en favor de su pueblo sobre el cual pesaba un decreto de esterminio, y su triunfo consiguiendo quedase sin efecto dicho

decreto, arrancado al rey por la perfidia de Amán, es una figura anticipada de lo que hace la Santísima Virgen en nuestro favor, consiguiendo del Divino Assuero Jesucristo no deje caer sobre nuestras cabezas el brazo de su justicia, castigándonos segun merecemos por nuestras ingratitudes é infidelidades.

Madre de Dios y Madre nuestra, ¡*Ora pro nobis!* Este es el clamor de la Iglesia, el clamor de todos los siglos, de todas las generaciones, y es de notar que esta invocacion apaga el fuego de las pasiones, cura todas las dolencias del alma volviéndole la tranquilidad, y satisface las ánsias del corazon. ¿Quién se ha levantado desconsolado despues de orar ante la imágen de María? ¿Quién se ha vuelto á su hogar con la misma pena en su corazon que le arrastró hasta los piés de la Virgen Madre? ¡*La Virgen Madre!* ¡Qué nombre! ¡Qué título tan dulce! El solo inspira la alegría, alienta la esperanza y el fuego de la caridad, que da vida á nuestras obras. Si nos faltara María, sino contáramos con su proteccion nos asustaríamos con los peligros del mundo, y cual un tierno infante que se intimida y llora al menor rumor, tambien nos intimidaríamos apenas el mundo nos sonriera. ¿Y por qué? Porque nuestra naturaleza es flaca; porque el mundo es un caos de tinieblas sembrado de escollos. Jesucristo es la luz que nos guia á través de tales tinieblas, pero á Jesucristo se llega por María: Jesucristo es Dios: pero María no es Dios. A Jesucristo nos llegamos temblorosos y unida la frente con el polvo de la tierra. La criatura ante el Criador, la nada ante la Omnipotencia, no se atreve á levantar sus ojos. ¿Pero y María? María es criatura, pero está inmediata á Dios, goza de la mayor influencia con Dios: digámoslo en menos palabras; María es Madre de Dios, pero tambien está cerca de nos-

otros porque es Madre de los hombres. Contando con su proteccion no nos asustan los peligros, ni nos intimidan los escollos. Ella fué, dice el Padre San Agustin, la escala por donde Dios bajó á la tierra para que los hombres merecieran subir al cielo. Pues bien: *ad Jesum per Mariam*, esclamaremos siempre con el devotísimo Padre San Bernardo. La que en Caná de Galilea necesitó tan solo una insinuacion para que el Salvador no obstante que no habia llegado la hora de darse á conocer por sus prodigios Señor del mundo, obrase el primer milagro público, convirtiendo el agua en vino, está hoy dispuesta como siempre á favorecer á sus hijos alcanzándoles las bondades del Señor con solo conocer sus necesidades y que le dirijan sus ruegos. Por más que el protestantismo se esfuerze en separar de la conciencia de los católicos esta idea tan consoladora como verdadera, este pensamiento de vida, los católicos responderán siempre á las diátrivas de sus enemigos con las citadas palabras de San Bernardo: *Ad Jesum per Mariam*. Y cierto es que estas palabras son suficientes para contestar á los que quisieren hacernos un cargo, porque recurrimos á María. Conocemos muy bien la infinita diferencia que hay entre el modo con que debemos tratar á Dios, y la manera con que nos llegamos á María. Si nuestro fervor nos arrastrase al punto de dar á María la preferencia, cometeríamos una atroz blasfemia, y dirigiéndola las mismas oraciones que al Señor, caeríamos en una supersticion. Al bendecir á María, al alabarla no hacemos otra cosa que alabar y bendecir al Señor, que se dignó enriquecerla concediéndola los mas celestiales dones y llenándola de toda gracia; de consiguiente las alabanzas que la tributamos vuelven á Dios de donde tienen su origen. Y si á ella acudimos, si la dirigimos nuestras súplicas, si la hacemos presente nuestras necesidades, ya lo hemos dicho

y lo repetimos, es porque sabemos su grande influencia para con su divino Hijo, el cual la constituyó medianera de intercesion entre él y los mortales. Al paso que dirigiéndonos á Jesucristo en el convencimiento de que es único mediador de propia autoridad y excelencia para con su Eterno Padre, y le decimos, *Miserere nobis*, nos dirigimos á María con la confianza de hijos diciéndola, *Ora pro nobis*. Cuando en la tierra deseamos recibir algún beneficio del monarca, nos llegamos á sus ministros, por cuya mediacion sabemos que nos es mas fácil el alcanzarlos, pues que ó inclinan su voluntad á dispensar gracias ó las dispensan en su nombre. Esto es lo que hacemos con María, y por esto San Anselmo dice, que algunas veces alcanzamos con mas prontitud lo que pedimos á María, que lo que pedimos al mismo Jesucristo, con lo que quiere significar y es su pensamiento, que nos es mas fácil alcanzar del Señor lo que le pedimos interponiendo los ruegos, los méritos y la influencia de la Santísima Virgen.

En confirmacion de esta verdad tenemos el hecho milagroso que nos ha dado motivo al presente capítulo. Aquella respuesta del Salvador á su Madre: «¿Qué nos vá á mí y á tí?» nos dan á comprender que no obstante conocer el Salvador el apuro de los desposados por faltarles el vino en lo mejor del festin, no hubiera efectuado el milagro sin la peticion ó súplica de su Madre. Pero pidió María y el milagro se hizo: pidió María y la necesidad quedó socorrida. Y aquí se nos ocurre una reflexion, puesto que no es necesario instemos mas en la demostracion de una verdad que está en la conciencia de todos los cristianos, verdad que una vez conocida, dilata el corazon, agranda la fantasia y guia la imaginacion á un mundo de delicias eternas, que si no lo hemos visto con los ojos de la carne, está presente

á los ojos de la fe, y al que nos guiará María interponiendo su intercesion á favor nuestro. La reflexion es esta. Algo nos falta como á los desposados de Caná: el siglo en que escribimos es un siglo de progreso, un siglo que marcha con velocidad y que en el triunfo de sus adelantos materiales, parece decir á los que le precedieron: «Soy mas jóven que vosotros, pero soy mas ilustrado;» y los que viven en él creen sus palabras, y se estasian al contemplar descubiertos secretos que no conocieron nuestros mayores: si la vida fuera tan solamente lo presente, sería una vida poco apetecible, porque sus dulzuras no recompensan sus sinsabores; pero de haber nacido en otra época, nos podríamos felicitar de haber visto la luz en el siglo XIX. Pero no es así, y desconsuela ver el triste contraste de adelantos físicos con retrocesos morales. Lo hemos dicho: nos falta algo. Estamos en lo mejor del festin; hemos atendido á todas las necesidades de la naturaleza, pero no con solo pan vive el hombre, nos ha dicho el mismo Jesucristo, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios. A través de tantas felicidades, de prosperidad tan decantada, tenemos sed, y no como quiera, sino una sed ardiente, una sed que nos devora y que solo puede mitigarla el agua de la gracia: tenemos sed de fe, sed de doctrina, sed de verdad evangélica. El único elemento que puede sostener la verdadera vida de la sociedad es la verdad religiosa, fuertemente combatida por el espíritu del mal: la sociedad sin religion no tiene vida sino en apariencia. Y cuando vivimos en una sociedad sin fe, ó donde la fe está amortiguada, necesitamos fortaleza para no caer en las redes del indiferentismo que conduce á la impiedad, como la enfermedad conduce á la muerte. Esta fortaleza es el algo que decíamos necesitar: este es el vino que hace falta en nuestras bodas:

Fe en las palabras de Dios: Esperanza en sus promesas: Caridad practicada en toda su estension: virtudes son sobrenaturales, pero que nos librarán del naufragio, y que se aumentarán si ruega María: por ella fueron llenas las hidrias de esquisito vino que satisfizo la necesidad de los desposados de Caná: por ella conseguiremos el vino de la gracia que nos afianzará en las virtudes y nos dará paz al corazon, vida al alma.

Hemos terminado la segunda parte de la Historia de la Santísima Virgen María, en la que hemos meditado los grandes Misterios de su preciosa vida y sus altísimas virtudes, desde el Misterio de la Encarnacion hasta que se hubo verificado por su Santísimo Hijo el milagro de la conversion del agua en vino en las bodas de Caná. Nos preparamos ahora para entrar en otra época la mas dificultosa de pintar. Jesucristo va á dar principio á su predicacion, y María que si hasta aquí ha padecido tan solo por el recuerdo del fatidico vaticinio que escuchara en el Templo de labios del anciano Simeon, va á empezar á experimentar la realidad de aquella profecía. Hasta ahora, veia en lontananza contradicciones y persecuciones, tormentos y muerte, pero vivia al lado de su Hijo, sin que nadie viniese á turbar su tranquilidad y la paz hermosa de que disfrutaba. En adelante, privada á veces de la vista de su Divino Enmanuel, que va á dar principio á su mision augusta de regenerar al mundo por su predicacion, empezará á gustar el cáliz de la amargura que apurará en el Calvario.

TERCERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE QUE SU DIVINO HIJO EMPEZÓ LA CARRERA DE SU PREDICACION, HASTA SU GLORIOSA ASUNCION Á LOS CIELOS.

CAPITULO I.

Reflexiones acerca del martirio del corazon de la Santísima Virgen María en las contradicciones de su divino Hijo.

No por nuestro propio provecho, y si por contribuir á la mayor honra de la Bienaventurada Virgen de Judá, á la que beneficios sin cuento debe la humanidad y á la que profesamos una cordial devoción, deseáramos ahora estar adornados de la elocuencia y erudicion de un San Agustin, y de la dulzura de un San Bernardo. Describir toda la magnificencia y hermosura que resplandece en la que fué Palacio augusto de la misma Divinidad, formado por la mano del Omnipotente: sondear el abismo de gracias y perfecciones con que plugo al Señor elevarla y distinguirla sobre todas las criaturas; pintar el cuadro de sus heróicas virtudes y altísimos merecimientos, y describir los tormentos de su corazon maternal, en las contradicciones, pasion y muerte del Redentor de la humanidad, empresa es mas apropósito